

# Disidencias, disidentes (mesa redonda)\*

Enric Mendizàbal i Riera (moderador)

Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Geografia  
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain  
Enric.Mendizabal@uab.es

and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

provided by Diigo

Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Geografia  
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain  
abel.albet@uab.es

Josepa Bru i Bistuer

Universitat de Girona. Càtedra de Geografia i Pensament Territorial  
Plaça Ferrater Mora. 17071 Girona  
josepa.bru@udg.es

Claudio Minca

Università di Venezia. Dipartimento di Scienze dell'Antichità e del Vicino Oriente  
Cà Capello, San Polo 2035. 30125 Venezia (Italia)  
minca@unive.it

Joan Nogué i Font

Universitat de Girona. Càtedra de Geografia i Pensament Territorial  
Plaça Ferrater Mora. 17071 Girona  
joan.nogue@udg.es

Teresa Vicente Mosquete

Universidad de Salamanca. Departamento de Geografía  
Cervantes, 3. 37002 Salamanca  
mosquete@usal.es

Data de recepció: desembre de 2001  
Data d'acceptació definitiva: abril de 2002

## Resumen

Desde una óptica autobiográfica, cinco personas vinculadas a la geografía académica (Abel Albet, Josepa Bru, Claudio Minca, Joan Nogué y Teresa Vicente) expresan su opinión, su relación y su mirada respecto a la disidencia. Se demuestra que la experiencia de ser disidente (y las consecuencias que ello comporta) puede ser hecha, vivida y valorada desde múltiples aproximaciones y definiciones.

**Palabras clave:** disidencia, academia, geografía, autobiografía.

\* Mesa redonda transcrita por Helena Cruz Gallach. La intervención correspondiente a Claudio Minca también ha sido traducida del original italiano por Helena Cruz Gallach. No se ha reproducido el debate posterior a la mesa redonda por falta de espacio.

---

**Resum.** *Dissidències, dissidents (taula rodona)*

---

Des d'una òptica autobiogràfica, cinc persones vinculades a la geografia acadèmica (Abel Albet, Josepa Bru, Claudio Minca, Joan Nogué i Teresa Vicente) expressen la seva opinió, la seva relació i la seva mirada respecte a la dissidència. A la taula rodona es demostra que l'experiència de ser dissident (i les conseqüències que això comporta) pot ser feta, viscuda i valorada des de múltiples aproximacions i definicions.

**Paraules clau:** dissidència, acadèmia, geografia, autobiografia.

---

**Résumé.** *Dissidences, dissidents (table ronde)*

---

Sous une optique autobiographique, cinq personnes en relation avec la géographie académique (Abel Albet, Josepa Bru, Claudio Minca, Joan Nogué et Teresa Vicente) expriment leur opinion, leur relation et leur regard à l'égard de la dissidence. Il ressort que l'expérience de la dissidence (et les conséquences que cela implique) peut se faire, se vivre et s'évaluer sous différentes approches et définitions.

**Mots clé:** dissidence, académie, géographie, autobiographie.

---

**Abstract.** *Dissidence, dissidents (round table)*

---

From an autobiographical point of view, five people linked to academic geography (Abel Albet, Josepa Bru, Claudio Minca, Joan Nogué and Teresa Vicente) express their opinions about, their relation to and their perspectives on the question of dissidence. The article shows that the circumstance of being dissident (and the consequences that this gives rise to) can be undertaken, experienced and assessed from multiple approximations and definitions.

**Key words:** dissidence, academy, geography, autobiography.

---

## **Enric Mendizàbal:**

El objetivo de esta mesa redonda es que las personas que la integran hablen, desde sus experiencias personales y su práctica profesional, de la geografía, de su visión sobre la disidencia y de su apreciación sobre si se consideran de algún modo disidentes.

De lo dicho hasta el momento en estas jornadas, creo que han quedado claros dos aspectos. Primero, que, afortunadamente, no hay una única definición de disidente. Ayer mismo, Joan Vicente y Janet Townsend se inclinaban por considerar disidentes a la extrema derecha de los Estados Unidos de América del Norte. Por su parte, Oriol Porcel y otros asistentes a estas jornadas consideramos que no son disidentes por el simple hecho de que no quieren cambiar el mundo. Así pues, hay disparidad de opiniones sobre qué es ser disidente, incluso fuera de la geografía, de la academia.

Segundo, por lo oído ayer y hoy, podríamos hablar, como mínimo, de tres tipos de disidencia. En primer lugar, las personas que nacen disidentes (a saber, mujeres, negros, pobres). En segundo lugar, las personas que quieren ser disi-

dentes, por ejemplo los okupas, o Isabelle Eberhardt, una de las mujeres viajeras a las que se refirió ayer María Dolors Garcia Ramon. En tercer lugar, las personas a las que otros «convierten» en disidentes por ser como son, por pensar como piensan, por actuar como actúan. De todo ello vamos a hablar a continuación.

Unos breves comentarios sobre las personas que intervendrán seguidamente. Con Abel Albet tengo la suerte de compartir despacho en la Universitat Autònoma de Barcelona. Abel Albet tiene intereses amplios y diversos: en pensamiento geográfico e historia de la geografía y en ordenación del territorio ha trabajado tanto en proyectos académicos como en proyectos aplicados encargados por distintas administraciones públicas. Sus obras recientes: un más que interesante manual de geografía humana y las aportaciones al libro editado por Joan Nogué y José Luis Villanova, *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, donde Abel Albet mezcla sus conocimientos en pensamiento, historia y métodos en geografía con los de ordenación territorial en el Marruecos colonial español.

Josepa Bru, de la Universitat de Girona (anteriormente estuvo en la de Lleida y antes en la de Barcelona), empezó investigando en geografía física. Recuerdo su tesis doctoral, en la que hacía una fantástica tipología de las morrenas terminales del Pirineo central catalán. Ha trabajado también en temas de geografía ambiental, sobre contaminación y residuos en Cataluña. Una de sus obras más recientes es el libro *Medio ambiente: poder y espectáculo*, una reflexión lúcida, interesante y provocativa. Les recomiendo también el artículo «El medio está androcentrado. ¿Quién lo desandrocentrará?», aparecido en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*.

Joan Nogué, de la Universitat de Girona, es uno de los introductores de la geografía humanística en España y Cataluña, con sus dos libros, uno sobre la percepción del bosque y el otro sobre el paisaje de la Garrotxa. También destacan sus libros de reflexiones sobre geopolítica y geografía política, como *Nacionalismo y territorio*, o el recientemente publicado por Ariel en colaboración con Joan Vicente bajo el título *Geopolítica, identidad y globalización*. Cabe mencionar también sus investigaciones sobre orientalismo y poscolonialismo, reflejadas en multitud de artículos y en el libro antes citado de *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*.

Claudio Minca, de la Universidad de Venecia, es profesor de geografía económica y política, y editor del libro *Postmodern Geography*, publicado por Blackwell. Autor, también, de *Espacios efímeros de turismo y postmodernidad*. Tuviémos el placer de escucharlo ayer y hoy reflexionará sobre qué significa para él ser geógrafo en Italia, un lugar donde la geografía se encuentra en los ámbitos más dispersos (facultades de letras, de económicas, de políticas, de sociología, de arquitectura e incluso de ciencias).

Finalmente, María Teresa Vicente Mosquete, de la Universidad de Salamanca (que, como ella dice, no es disidente, sino que lo que ha hecho es estudiar

a un disidente), ha hecho unas aportaciones más que interesantes sobre Elisée Reclus y la geografía anarquista. Sus trabajos continúan siendo fundamentales para la historia del pensamiento geográfico y quizás, en una interpretación personal osada, por el hecho de haber trabajado en los temas en que ha trabajado, haya sido, a veces, considerada como una disidente por otras personas, en el último de los tres supuestos que he comentado antes.

Habrà un turno de diez minutos escasos para cada uno de los participantes para que expliquen con toda libertad sus impresiones sobre lo que significa ser una geógrafa o un geógrafo disidente y sobre todo qué son, según ellos y a partir de su propia experiencia profesional, las geografías disidentes, cuáles son sus temas, sus métodos, su espíritu crítico. Lo haremos por orden alfabético, empezando por Abel Albet.

### Abel Albet:

Ni un día así me puedo escapar del orden alfabético, en fin. Bueno pues yo tampoco sé si soy muy disidente. En cualquier caso, se supone que esta intervención debe ser una especie de *striptease* de tu vida académica y personal en relación con esta geografía y esta disidencia.

Pues si empiezo por mi trayectoria personal, supongo que me toca decir que de pequeñito era un niño repelente que iba siempre con mapas y atlas y que le encantaba coleccionar países, capitales y ríos. Y que con mis padres cada fin de semana recorríamos este país pueblo a pueblo y que las vacaciones (nunca en *tours* organizados) eran del tipo «carretera y manta». Conocimos toda Europa de una manera muy vivida, quizá en todos estos viajes se larvó el gusanillo de la geografía.

Es justo diez días antes de la matrícula en la universidad que descubro que todo aquello que me había gustado tanto, aquello de coleccionar capitales y viajes, existe en forma de licenciatura universitaria de Geografía, y que se estudia durante cinco años y que hay gente que trabaja y vive, e incluso gana dinero con ello. Entro en la universidad con una concepción de la geografía extremadamente descriptiva, estática, pasiva, de atlas. En la universidad aprendo técnicas, métodos, teorías, pero sobre todo lo que aprendo es una carga ideológica para mi geografía: aprendo que la mirada sobre el territorio es siempre socialmente construida y que también el territorio tiene que ser socialmente interpretado y socialmente transformado.

Dando un gran salto en el tiempo, el siguiente momento de este *striptease* se sitúa hace sólo tres semanas, cuando tuve la oportunidad de conocer Líbano y Siria (lo digo para hablar de más viajes y daros un poco de envidia); la coartada fue un congreso sobre «Arab Stereotyping» organizado por la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Lebanese American University y donde los únicos geógrafos que estábamos allí presentes éramos los dos que veníamos desde Barcelona: Lluís Riudor y yo mismo. Confieso haber recuperado el interés en los congresos, que creía profundamente aburridos e ino-

perantes, pero el tratamiento de un tema así, en Beirut, pocos días después del 11 de septiembre, desde la mayor interdisciplinariedad (y casi sin geógrafos), con personas de todo el mundo imbuidas de un espíritu extremadamente crítico... facilitaban que este congreso fuese muy interesante. En Beirut y Damasco, además, tuvimos la oportunidad de entrar en contacto con gente muy diversa: desde intelectuales palestinos hasta la burguesía mafiosa beirutí, desde miembros de Hezbollah hasta amables traficantes... de lo que haga falta.

Una de las conclusiones del congreso fue que los tópicos, los estereotipos que tenemos de los árabes, de los musulmanes, de los «moros», son casi siempre contruidos desde fuera, es decir, importados, impuestos por intereses muy diversos pero siempre externos; ello conduciría a la necesidad de crear estereotipos positivos, desde dentro, formados sin complejos y sin imposiciones por los mismos árabes, musulmanes, «moros», y no como excusación de su manera de ser o de hacer en el mundo ni como defensa ante mil acusaciones y etiquetas llegadas de Occidente.

Todo esto (no sólo esto, pero si en parte gracias a esto) me ha ayudado a construir una imagen diferente, una mirada distinta, no sólo sobre dichos estereotipos, sino también sobre las implicaciones que estos estereotipos conllevan para los musulmanes y para los no musulmanes.

Evidentemente lo que acabo de contar no es gratuito, sino para intentar relacionarlo con la sesión de hoy: me pregunto si en geografía no pasa algo similar y que se mueve por una serie de estereotipos que también han sido impuestos desde «fuera». Entiendo la geografía como una ciencia social con una gran capacidad interpretativa, analítica, crítica y prospectiva, inicialmente hecha por geógrafos que hacen su propio trabajo y utilizan sus propias teorías y métodos, pero que saben (deberían saber) seleccionar las informaciones, las teorías, los métodos, de otras disciplinas que resultan más apropiadas a cada circunstancia y haciéndolo en relación con o junto con otros profesionales.

Pero, por desgracia, aquel discurso que tenía mucho de capaz, de innovador, de relevante, de movilizador (si no abiertamente crítico y subversivo, disidente con las ideas preestablecidas), ha ido siendo institucionalizado por el Estado, por el poder, por el sistema, por el *establishment*, por la misma estructura académica general y la propia de los geógrafos, que lo han adoptado y adaptado a su propio discurso, intereses y necesidades. Es así como, a mi entender, se nos ha ido imponiendo (desde «fuera» pero también desde «dentro») el estereotipo de una geografía descriptiva, escolar, manipulada, manipulable técnica, acrítica (aquella que yo tenía antes de entrar en la universidad). Y se ha comprado la voz del geógrafo, tanto del académico como del no académico.

No sé muy bien qué es ser disidente y no sé si me puedo considerar disidente. Pero con mi *striptease* intentaba recordar (recordarme) la necesidad que la geografía y los geógrafos tienen (tenemos) de salir a cuestionar constantemente los estereotipos que las estructuras de poder, el sistema político-económico o el *establishment* académico nos imponen desde fuera..., y nosotros asumimos cómodamente desde dentro. Y salir significa transgredir los límites

estereotipados del marco disciplinario (dialogando con otros profesionales, compartiendo discursos teóricos, reclamando nuestra propia voz en las calles), pero también recuperar el espíritu crítico replanteando los filtros y las razones que han creado el estereotipo de la geografía como ciencia pasiva y descriptiva.

Acabo cerrando el bucle geobiográfico con el que empecé. A veces identifico el papel de los geógrafos con la diferencia entre ser turista y ser viajero: ambos se mueven, ambos se desplazan, ambos conocen sitios, pero turista es aquél al que se le reservan vuelos y hoteles, se le marcan rutas y museos a visitar y a menudo acaba ignorando los lugares y las gentes que ha visitado. Viajero es aquél que improvisa, que duda, que quizá pierde autobuses y equivoca caminos, pero que busca el contacto con las personas, y quiere aprender y conocer..., más allá de los estereotipos.

Repito que no sé si soy disidente ni si mi trayectoria lo es: es cierto que a veces por pereza, desánimo, cansancio uno no es suficientemente provocador, subversivo, inconformista y cae en los estereotipos que desde fuera (o desde dentro) nos han (hemos) marcado, pero creo que la carga teórica e ideológica de la geografía concede fuerza, argumentos y propuestas suficientes como para disentir ante los estereotipos preestablecidos evitando pasar por este mundo como turistas sin conciencia crítica.

### Josepa Bru\*:

Se hace difícil emitir juicios ecuanímenes sobre la propia personalidad e igualmente resulta difícil, además de arriesgado, hacer balance con honestidad, de la propia trayectoria personal y profesional. Con todo, para mi intervención en esta mesa redonda, asumo y acepto que se me ha convocado en calidad de geógrafa, poco más o menos, disidente.

Establecida esta premisa, me he preguntado qué es lo que podía abstraer de mi experiencia personal, de manera que pudiera resultar de alguna utilidad general. Y he creído que, quizás, valga la pena intentar señalar «las claves» del talante disidente que me es propio y hacerlo sin referirme a mi, pero estando presente, en todo momento. Y, por esta vía, he llegado a determinar un hilo argumental que pone en relación disidencia y transdisciplinariedad.

Quiero hablarles de cómo, en mi opinión y a la vista de mi experiencia, entre una y otra, es posible establecer una relación de causa/efecto que no es del todo obvia; y de cómo la segunda tiene a la primera como condición previa; y del hecho de que la transdisciplinariedad forma parte de un universo «transgresor» mucho más amplio, que la alimenta y que impulsa, tal vez, una disidencia contumaz.

Permitan que recurra a algo tan «escolástico» (¡Lo último que podía esperarse en alguien disidente!) de partir de las definiciones de los conceptos que nos

\* Josepa Bru, ausente por motivos de enfermedad, transmitió este texto, que fue leído por Joan Vicente.

ocupan. Dicho sea de paso, hoy por hoy, en el contexto de ultravaloración de las imágenes y los mensajes mediáticos, la defensa, ferviente, del valor, el rigor y la justeza de la palabra se configura como una posición de radical disidencia.

Bien, situándonos, pues, en el terreno de la semántica, hemos de entender la disidencia en un doble sentido: como conflicto (de opiniones, de intereses y de sentimientos, nos dice el diccionario) y como acto de separación de la doctrina y, digo yo, también del «adoctrinamiento» de un colectivo o una comunidad.

Ambos «hechos» (conflicto y separación) han de darse a la vez, porque, de lo contrario, no se iría más allá de actitudes cínicas (crítica sin acción), o de abandonos irrelevantes de la vía ortodoxa, que no contabilizan o no son percibidos en tanto que disensión. Tenemos pues que el, o la, disidente entra en un conflicto que puede, solamente, resolver «saliendo» de la ortodoxia. Y este «salir» puede afectar a la persona entera (marcharse físicamente a otro lugar) o involucrar únicamente al intelecto y quedarse, haciendo manifiesto, eso sí, que se está «en otra parte».

Pero, ¿adónde ir?, y ¿cómo ir?, y ¿a hacer qué? ¡Buenas preguntas! La respuesta depende, creo, en primera instancia de la naturaleza de la disensión, y es a partir de ahí que cabe ir al encuentro de la transdisciplinariedad. Les pido solamente un rato de atención y un poco de paciencia.

En una visión amplia del mundo del intelecto, resulta maniqueo, además de inexacto, separar de manera taxativa los diversos factores de disensión que fija el diccionario: opiniones, intereses y sentimientos. Con todo (y la cuestión emergerá de nuevo, por sí sola, más adelante), el proceso de aislamiento disyuntivo —reduccionista— del que resultan las acotaciones de las disciplinas académicas, ha provocado, artificiosamente, el aislamiento respecto del resto de factores, digamos, más racionalizables: los intereses.

La disidencia, pues, en el marco académico y científico, parece poder fijarse, preferentemente, como aquello que resulta de discrepancias de intereses. Dejo completamente al margen aquéllos de carácter material, que eso sería otro tema, y me concentro en los intereses intelectuales. Uno o una «se va» o mejor, tal vez, «se aparta», porque no ve las cosas «como toca» y del modo que parece aceptar la mayoría. Porque no cree en los esquemas de lo que es importante y lo que no lo es; o en las formas de proceder consagradas; o en las direcciones que ha de tomar la investigación, básica y/o aplicada..., pueden ser muchas cosas y, casi con seguridad, serán varias, operando al mismo tiempo.

Y, ¿cuáles son, entonces, las vías alternativas? Depende, creo, de la integridad del desacuerdo. Si es «pequeño», lo que quiere decir bien acotado y restringido a la estrecha parcela de competencias académicas y/o profesionales, quizás baste con adscribirse a una disidencia pautada: la geografía «de tal o de cual tipo, o tal o cual escuela». Si no existen, habrá que «inventarlas», y eso ya lleva más trabajo.

Sea como sea, la inquietud y la búsqueda de un nuevo cobijo puede promover, aunque no siempre, cierta obertura hacia otras disciplinas con problemas de índole parecida. Se las puede tomar como referencia e incluso como

guía, y hasta es posible que, durante algún tiempo o de allí en adelante, con prudencia, se conviertan en útiles compañeras de viaje. Aquí puede enmarcarse cierta manera, útil y positiva, de entender la interdisciplinariedad.

Pero si la cuestión de la incomodidad es de mayor calibre y, sobretudo, si es que por un descuido, una insensatez o una temeraria «voluntad de saber» se ha traspasado la frontera «racional» de los intereses, la cosa se convierte en algo mucho más «profundo» o, si se quiere, de mayor trascendencia. Ocurre entonces que se empieza a mirar a las cosas con otros ojos, y a diluir fronteras ontológicas y cognoscitivas; y nada es ya lo que era. Y viene a ser como empezar de nuevo, sin saber lo que se encontrará al final del camino que se emprende; de hecho ni tan siquiera se tiene la seguridad de que dicho final llegue a encontrarse y aún de si, en el caso de que exista, el encontrarlo es verdaderamente nuestra «meta», o si lo que más nos importa es el propio camino que habrá que recorrer. Aquí es donde hay que situar, a mi modo de ver, la actitud más radical, que es la que identifico con la transdisciplinariedad: el afán por situarse y tratar de entender, más allá; afán que nace de una continua, e inevitable, pulsión «transgresora».

En este punto, la «identidad», en tanto que geógrafos y geógrafas, ya no nos vendrá dada tanto por la naturaleza, estereotípica o disidentemente geográfica, de las preguntas. Pasarán, en cambio, a ocupar el primer plano la naturaleza de los «universos» a los que será preciso acceder para configurar las posibles respuestas: reflexión filosófica, creación literaria, rigor científico, inestabilidad artística..., y la «insólita» forma de aproximarse a cada uno de ellos, lanzándose de lleno; comprometiendo, en la búsqueda, la persona completa que se es.

La actitud disidente se convierte, así, en algo inseparable del latido vital: del querer, del sentir, del hablar y hasta del respirar... La profesión, vivida en disidencia, se transforma entonces, simplemente, en vida. Muchas gracias.

### **Claudio Minca:**

Pido disculpas, de nuevo, por el hecho de hablar en italiano: hablaré despacio y espero que me entiendan. Cuando Joan Nogué me invitó a participar en esta mesa redonda, me dijo que preparara para unos diez minutos algo con respecto a mi experiencia en las relaciones con el mundo «angloamericano» (llamémoslo así) y el discurso hegemónico en geografía. Seguramente no soy el único en esta sala que tiene relaciones contradictorias en relación con dicho discurso hegemónico. Por eso primero empezaré por atacar un poco esta hegemonía y luego intentaré decir cual ha sido mi experiencia en estos últimos meses y cual es el enriquecimiento que he recibido de dicha experiencia.

Hace ya un tiempo fui invitado a escribir un editorial para *Society & Space*. Ésta fue una experiencia muy interesante, porque en este editorial yo intentaba explicar cómo las relaciones académicas internacionales también son relaciones de poder. Además, estas relaciones de poder no tienen, inicialmente, unas reglas explícitas (se explicitan posteriormente), lo que hace que dicho poder sea particularmente insidioso e ineficaz. Un par de números después de aparecer mi



editorial en *Society & Space* apareció otro editorial en respuesta a mis observaciones, firmado por Samers y Sidaway. Me criticaban porque yo consideraba el bloque angloamericano como una esencia, como una sola cosa. Ésta era una crítica justa: yo había utilizado ese término como estratagema para intentar, de alguna forma, «hacer el disidente», en este caso, a partir de mi periferia. Pero había también una segunda crítica, más profunda, que me permito contestarla aquí. Aquello que Samers y Sidaway me decían es que, en realidad, el contexto angloamericano es muy diverso, muy abierto respecto al exterior y que la prueba de dicha apertura era que se utilizaban autores franceses y autores más o menos a caballo entre diversas culturas. A través de dos ejemplos muy italianos que a continuación aportaré, mi respuesta a esta posición es que, en realidad, la incorporación al mundo angloamericano de autores foráneos viene filtrada no sólo por la traducción, sino también por una serie de lógicas que se refieren precisamente a los códigos y a las reglas de la academia (llamémosla también así) «angloamericana». A pesar de todo, yo he trabajado durante un largo periodo en los Estados Unidos y tengo que decir que mi experiencia británica es muy diferente y, de hecho, mi actual experiencia como profesor invitado en la Universidad de Durham (Reino Unido) está cambiando mi visión respecto a estos dos mundos.

Como decía hace un momento, vienen a mi mente dos ejemplos: el primero es el caso de Lefebvre. Los americanos «descubren» Lefebvre y sus investigaciones sobre geografía de la ciudad en 1990: ¿por qué entonces? Porque Blackwell traduce *La producción del espacio*. Los geógrafos italianos trabajaban ya en los años setenta sobre Lefebvre. En concreto, Vincenzo Guarrasi, un geógrafo de Palermo, había escrito ya un libro sobre la ciudad inspirándose en Lefebvre, pero, puesto que el italiano no es una lengua franca, una lengua de transmisión, en el debate geográfico internacional nunca se supo nada de esta incursión en Lefebvre y quedó en letra muerta.

El segundo caso de relación, digamos, «de poder», es una experiencia personal. He tenido diversas de este tipo, pero ésta es la más elocuente. Mando un artículo a *Progress in Human Geography*; basado en la reflexión de Dematteis (que yo cito siempre porque lo considero mi gran maestro) sobre la modernidad y sobre el significado de la metáfora geográfica. El artículo es rechazado, pero lo increíble es que es rechazado con una serie de críticas que presuponen que la reflexión sobre el posmodernismo y sobre la metáfora geográfica «evidentemente» no podía venir «de fuera», llegando a afirmar que no era el pensamiento de Dematteis el que yo presentaba, sino el de Gianni Vattimo. ¿Por qué? Porque Gianni Vattimo estaba traducido al inglés. Los censores anónimos aun tuvieron el «coraje» de decirme que mi geógrafo preferido no decía las cosas que yo estaba afirmando. Obviamente, me sentí muy ofendido con esta experiencia y no he mandado más artículos a revistas angloamericanas desde aquel momento.

Continúo el ataque (después lo arreglo todo un poco porque, si no, no van a perdonármelo al volver a Durham). El posicionamiento peculiar de la geografía angloamericana respecto a las otras geografías (las «geografías periféricas»), me

recuerda un poco el orientalismo del que nos hablaba ayer Maria Dolors Garcia Ramon y también un tipo de «turismo exótico», en el sentido de que hay un gran interés por la diferencia hasta que esta diferencia puede ser asumida a través de determinados mecanismos. Las tradiciones geográficas francesa y alemana, por ejemplo, no entran en este exotismo, porque son «geografías importantes», son geografías con un pasado. Prueba de lo que digo es que buena parte de los textos que se publican sobre historia de la geografía parten de las geografías cuantitativas, como si antes no hubiera habido nada. En Italia todavía existe una gran influencia del pensamiento francés: nuestros textos sobre historia de la geografía empiezan mucho antes..., y esto, pues, es una muestra de una determinada relación de poder.

Otro ejemplo que me viene en mente es, obviamente, aquél que ayer citó Janet Townsend sobre el hecho de que muchos libros no se titulan *Geografía feminista americana...* o *Geografía rural británica...*, sino que se titulan, simplemente, *Geografía*, y punto. Las denominadas «geografías nacionales» o «periféricas», normalmente añaden un calificativo: nosotros no tenemos la pretensión de hablar en nombre de toda la geografía; ellos, sí.

*Society & Space* (lo citaba ayer Maria Dolors Garcia Ramon) ha realizado una cierta apertura respecto a diversas geografías, incluyendo la experiencia italiana (aunque no hayan reseñado ni un solo libro). Han solicitado a un geógrafo americano que escriba un informe sobre el estado de la geografía italiana. Esto es muy positivo, pero de nuevo es el «centro» el que estudia sus «islas exóticas». He apreciado muchísimo la intervención de ayer de Janet Townsend, porque ella, hablando español, no sólo me ha puesto en un compromiso (porque yo no hablo español), sino que me ha hecho entender que ella podía percibir lo difícil que es para mí hablar en inglés, no sólo por la lengua en sí misma, sino por todos los códigos implícitos: yo no consigo bromear en inglés, no sé explicar cosas divertidas en inglés, nadie se ríe nunca.

Sería interesante, por ejemplo, ver qué tipo de reacción tendrían hoy y aquí, en este contexto, ciertos anglosajones que no tienen la cultura ni el coraje de Janet Townsend y que por eso no hablan español. Yo creo que la ignorancia en relación con este esfuerzo que todos nosotros hacemos es un extraordinario instrumento de poder. Es decir, el hecho de que muchos colegas de lengua materna inglesa no se dan cuenta de la fatiga tremenda que nosotros hacemos al hablar inglés es un instrumento de poder muy eficaz.

¿Cuáles son las reacciones de las denominadas «geografías nacionales»? Yo puedo hablar de las reacciones italianas. La primera reacción, normalmente la más espontánea, es la de retirarse. Los anglosajones hacen sus historias y nosotros hacemos las nuestras, retirándonos a un provincianismo, debo decirlo, muy peligroso. Esto sucede, sobre todo, en las geografías de los países más pobres, donde existen dos instrumentos que sirven para crear jerarquías internas respecto al poder hegemónico. El primer instrumento es el acceso a Internet: quien tiene la suerte de poder acceder, de un modo u otro, a Internet, accede a las fuentes internacionales de debate (lo digo por experiencia propia, ya que he trabajado en Senegal y también un poco en Marruecos y en Egipto). El

segundo instrumento es el inglés: poder hablar en inglés significa tener un cierto poder; si no sabes inglés, no sabes encontrar el debate internacional ni situarte en él.

Debatía con Maria Dolors Garcia Ramon sobre la dificultad para mí de navegar entre dos mundos, de recontextualizarme continuamente. De hecho, me siento una isla en mi casa y una especie de tráfuga en el mundo anglosajón. Sin embargo, yo creo que en esta posición hay una gran riqueza. Ayer escuchábamos a personas que hablaban y trabajaban en tres lenguas: tenemos el ejemplo catalán; tenemos a Xosé Santos, que habla gallego y trabaja en gallego. Yo vengo de Trieste, una ciudad fronteriza, y por eso aprecio especialmente esta continua dificultad de comprender quién se es. Pero no me gusta lamentarme y aquí acaba mi lamento, aquí acaba mi ataque. No me gusta lamentarme, porque creo que de la superación de los límites culturales y nacionales podemos salir muy reforzados.

Creo que es necesario reconocer la hegemonía del discurso anglosajón en la geografía de nuestros días. Hoy, la geografía angloamericana es la dominante: los alemanes la estudian, los escandinavos la estudian y los franceses, no tanto. Algunos geógrafos en Inglaterra y en Estados Unidos marcan las directrices del debate geográfico contemporáneo. Ciertamente, esto es debido seguramente a la lengua, pero creo que no «sólo» a la lengua. Es debido al hecho de que, por ejemplo, en mi caso, trabajando con los ingleses y los americanos, he aprendido cómo funciona verdaderamente la disciplina; he aprendido cómo funciona el código interior de la disciplina; he aprendido qué es la meritocracia, el hecho de que todos leen las cosas de los otros según principios explícitos. En Italia todo esto no es tan claro, y es necesario decir también que esta disciplina ha conseguido hacer grandes progresos y promover el pensamiento crítico.

Yo creo, y con esto concluyo, que tenemos que pretender dos cosas de este continuo reposicionamiento: primera, que es necesario pedir continuamente el reconocimiento de nuestra diferencia en términos, precisamente, disidentes. Me ha gustado aquello que ha dicho Janet Townsend (siento citarla continuamente): «reconozcamos que somos diferentes y entonces colaboraremos». Esto no es habitual, pero creo que para nosotros seguramente puede ser un objetivo importante. Al mismo tiempo pienso que tenemos que poner orden en casa, hacer un pequeño examen de conciencia y preguntarnos por qué la geografía inglesa está tan bien estructurada, es tan rica, y enseña a todo el mundo. Y por qué la italiana, por ejemplo, enseña mucho menos al resto del mundo.

Permítanme un último comentario. Como imagen disidente no me gusta la del héroe solitario: es una imagen algo derrotista. Pienso que, en geografía, el pensamiento crítico es fuerte y estructurado. El reto que tenemos que afrontar ahora es que las periferias sean capaces de transmitir su mensaje, porque sin duda lo tienen: a menudo sucede que la periferia, menos estructurada pero más creativa, tiene más cosas por decir que el centro. Creo que este seminario (y tengo que dar las gracias a la organización) ha sido una espléndida ocasión, difícil para mí, de vivir en un contexto distinto, de repensar aquello que he

estudiado y en un contexto completamente diferente. Me gustaría que esto fuese lo habitual en el futuro. Les estoy muy agradecido por haberme invitado, porque ha sido una experiencia —repito— difícil, pero muy gratificante.

### Joan Nogué:

La mesa redonda lleva por título «Disidencias, disidentes» y se nos ha pedido una intervención que tenga un cierto tono autobiográfico, y eso es lo que voy a intentar, dejando claro que en esta mesa redonda —y en mi caso particular— estoy hablando de disidencia metodológica, no de otro tipo.

La sensación de ser disidente, es decir, de estar haciendo algo distinto a lo oficial, a lo institucionalizado, a lo que hacía la mayoría del entorno en el que yo me movía en aquellos momentos, la viví intensamente a raíz de mi tesis doctoral. Yo inicié la tesis doctoral en 1981 y la presenté tres años más tarde, en 1984, en el Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Barcelona. Por aquél entonces, la Universidad Autónoma de Barcelona se presentaba (y yo creo que en buena parte lo era) como la «otra» universidad (y que no se lo tomen mal los miembros de la «otra» universidad, la Universidad de Barcelona). En aquellos momentos existían en Cataluña sólo tres universidades (la Universidad de Barcelona, la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad Politécnica de Cataluña), no once como ahora. La UAB era la moderna, la dinámica, la activa. Esta modernidad, en geografía, pasaba por una hegemonía casi absoluta de la geografía teórico-cuantitativa y de la geografía marxista, eso sí, con una voluntad manifiesta de aplicabilidad de los resultados que se conseguían.

A nivel personal y humano, debo decir que me sentí siempre muy a gusto en aquel departamento. Y no sólo eso, sino que siempre me sentí querido y respetado. Pero, sin embargo, metodológicamente hablando, me sentía disidente. No cuando estudiaba, pero sí cuando acabé la licenciatura y empecé la tesis doctoral. Me sentía disidente a nivel metodológico al optar por una tesis doctoral —continuación de la «tesina» (la memoria de investigación actual)— que se inspiraba en la geografía humanística y, más concretamente, en la fenomenológica. Además, esta tesis intentaba recuperar de la vieja tradición geográfica conceptos que habían caído, si no en desgracia, sí en desuso: entre otros el de paisaje y el de lugar.

Debo decir, en honor a la verdad, que mi disidencia fue bastante llevadera por la «protección» de mi directora de tesis, Maria Dolors Garcia Ramon, y también por algunos otros profesores del Departamento, que, si bien no entendían muy bien qué me había empujado a tomar aquel «raro» camino, respetaban mi decisión. Y eso lo agradeceré siempre. Había algunos otros que no sólo me respetaban, sino que entendían perfectamente lo que pretendía hacer. Y, ya que está presente hoy en esta sala, quiero recordar aquí el nombre de Lluís Riudor.

Por aquél entonces yo era becario de investigación y me acuerdo muy bien de algunos comentarios que se hacían de vez en cuando (a mí o a la directora de tesis), del tipo «qué lástima, con lo que este chico prometía, con su brillante

expediente; qué lástima». De hecho, se repitieron el mismo día de la lectura de la tesis doctoral, por parte de un profesor de otra universidad que valoró en todo momento la calidad de la tesis, pero que se enfureció bastante por haberme «desviado».

O sea, que sí, en aquellos años me sentía disidente, y ser disidente en aquel contexto no era fácil. La palabra *disidente* no se me había ocurrido nunca en aquel momento; es ahora, al analizarlo con cierta perspectiva, cuando uno se da cuenta de lo que pasó. Pero no era fácil ser disidente en aquel contexto, y menos en España, en Cataluña. Me faltaban patrones, me faltaban referencias, me faltaban ejemplos, me faltaban maestros, me faltaban publicaciones, me faltaba de todo. Lo único que tenía era la comprensión y la connivencia de algunos profesores de mi entorno más inmediato y de otros profesores, de otros departamentos e incluso de otros ámbitos de conocimiento, que sí entendían —quizá incluso mejor que los propios geógrafos— lo que pretendía hacer con aquella tesis.

No encontré estos referentes, estos ejemplos, estos maestros que tanto buscas cuando estás haciendo la tesis, en la Universidad Autónoma de Barcelona. No los encontré tampoco en el resto de Cataluña, ni en el resto de España, con alguna rara excepción. Los encontré fuera, en el extranjero, adonde me fui poco después de la tesis doctoral porque no pude irme antes. Necesitaba irme; necesitaba reafirmarme en lo que había hecho prácticamente solo durante tres años, con la única ayuda de mi directora; por eso me fui. En realidad, quizá hubiese tenido sentido irme antes de acabar la tesis; pero no, me fui después por una necesidad vital, existencial. Además, como decía Claudio Minca, sentía la necesidad de ver otros mundos, de conectar con otros mundos. Me fui en buena parte para reafirmarme en lo que había estado haciendo. Estuve un año en la Universidad de Wisconsin, en Madison, trabajando bajo la dirección de una de las personas que más me habían inspirado a través de sus escritos, de sus libros, a lo largo de la tesis: el profesor Yi-Fu Tuan, que, por cierto, se acaba de jubilar hace muy poco.

Si lo fui, yo no pretendía ser disidente, de verdad; nunca me lo había propuesto. Además, no lo viví tampoco como un acto de rebeldía contra mis profesores, contra la generación precedente. Simplemente —así lo sentía entonces y lo siento ahora—, buscaba otras respuestas a las mismas preguntas que se hacían mis compañeros, o, si lo prefieren, me hacía otras preguntas. Creía —y aun lo sigo creyendo— que aquella geografía teórico-cuantitativa y aquella geografía radical hegemónicas no podían captar, «aprehender», con toda su profundidad y con todas sus diversas dimensiones, la relación del ser humano con su entorno. Nos explicaban muchas cosas, pero no todo. Siempre he dudado de los discursos globalizadores, de las «metanarrativas», como diríamos ahora.

### Teresa Vicente:

En primer lugar, quiero felicitar a los organizadores de estas jornadas por haber previsto tanto tiempo para el debate, lo que no siempre es posible en muchas

otras reuniones y congresos oficiales. También son de agradecer las intervenciones de estudiantes, que me han hecho recordar el origen de esa no disidencia mía, como comentaba Enric Mendizàbal al principio.

En una pregunta a raíz de la última intervención previa a la mesa redonda, el compañero de Santiago de Compostela invitaba a la asistencia al próximo Congreso de Estudiantes y Jóvenes Geógrafos y Geógrafas sobre el tema «Geografía y compromiso». Por su parte, Isabel Salamaña, al contestar a José Antonio Segrelles, también se refería a ese compromiso. El tema está, por tanto, sobre la mesa, pero sobre ella ha estado, de alguna forma, desde hace años.

Me acuerdo ahora de que cuando era estudiante de quinto de carrera en Salamanca organizamos el Segundo Encuentro de Estudiantes de Geografía, como consecuencia del primer llamamiento hecho por parte de los estudiantes de la Universidad de Barcelona, que organizaron el Primer Encuentro (también en ese caso, veintitantos años atrás, fue Cataluña la que llamó la atención sobre esos temas). A Barcelona enviamos a dos representantes costeándoles el viaje, porque no podíamos ir todos, para que se enteraran de qué iba aquello. Y el tema del compromiso volvió a salir.

Ese mismo año, el 1979, se celebró el Primer Coloquio Ibérico de Geografía en Salamanca, diez días antes del Congreso de Estudiantes de Geografía. Era una iniciativa tendente a relacionar la geografía española y la portuguesa, que habían vivido de espaldas durante años. El Departamento de Geografía de Salamanca hizo un gran esfuerzo y admitió la celebración del Congreso de Jóvenes Geógrafos e incluso pagó las fotocopias. Algún profesor también nos apoyó en la preparación de las ponencias, cuyo tema general era «La crisis de la geografía». Recuerdo muy bien aquellas ponencias, que después llevamos a Granada para debatirlas en el siguiente congreso: eran discusiones y debates, preguntas metodológicas nacidas de la insatisfacción, sobre la enseñanza recibida, sobre la falta de teoría, sobre la falta de reflexión. No existía, en el plan de estudios de entonces, ninguna asignatura que se refiriera a teoría y método, o semejante. En Geografía, no teníamos ninguna optativa: había cuatro asignaturas obligatorias y la optativa que nosotros dimos era Historia de la Música, porque en Geografía no había optativas. Entonces, ese año, en quinto, se produjo algo insólito después de acabar el congreso: la ocupación del Departamento de Geografía mientras se celebraba un consejo de departamento para solicitar que se incluyera en el plan de estudios una asignatura optativa de teoría y métodos de la geografía. ¡Imaginaos el interés que habían despertado estas reflexiones y la importancia que nosotros les dábamos!

Me acordé de todo esto a raíz de la intervención de un participante que señalaba que, ahora, eran los profesores quienes tenían que hacer disidentes a los alumnos. Yo no sé si se trata de crear disidencias y disidentes; de lo que se trata, desde luego, es de crear inquietudes, de formar espíritus críticos, de tratar que todo universitario sea capaz de analizar la realidad y de no aceptarla sin cuestionarla.

Es en todo ese contexto en el que querría comentar la elección del tema de mi tesina sobre Elisée Reclus. El pensamiento geográfico interesaba, pero

no era motivo de investigación a finales de los setenta. Ángel Cabo, un profesor al que yo quiero mucho, me aconsejó: «No te compliques la vida». Además, dentro del pensamiento geográfico, Reclus no era lo más normal.

Cada uno elige el tema que investiga y en eso también se reflejan las propias inquietudes. A mí, precisamente, ese tema se me ocurrió a raíz de la reflexión suscitada en aquella asignatura metodológica que al final sí apareció como optativa. Allí se habló de dos geógrafos, Kropotkin y Reclus, a los que no se les tuvo mucho en cuenta. Yo fui a las fuentes (algo muy sano) y leí sus escritos: así surgió la tesina sobre la obra *El Hombre y la Tierra*.

Después empecé la tesis con una beca y fui a Francia, ya que quien había trabajado en estos temas era Yves Lacoste. Le escribí para ver si me admitía como doctoranda y me aceptó. En esa época, en 1977, la traducción del libro de Yves Lacoste era para nosotros una especie de libro rojo y era muy conocido en los debates de los encuentros de los estudiantes de geografía.

Llegué a Francia y una de las cosas que me sorprendieron, en línea con lo que comentaba antes José Antonio Segrelles, fue la capacidad de reflexión y discusión de los geógrafos franceses. Se suponía que yo iba a estudiar con Yves Lacoste, en París VIII, una universidad alternativa a la Sorbona y, sin embargo, Yves Lacoste me dio una carta de presentación para que asistiera a otros seminarios metodológicos y de reflexión como los que llevaban a cabo Paul Claval o Philippe Pinchemel, que no eran de la misma línea. Es de admirar la capacidad de reflexión y de discusión. Ese ambiente de debate de igual a igual, incluso con los becarios que venían del extranjero, era algo nuevo para mí, y estos días, en Girona, lo he revivido.

Estuve tres años en Francia y otros dos en Holanda, con otra beca, para consultar los archivos, porque lo que trataba de estudiar era la influencia de las ideas de Elisée Reclus en España, sobre todo a través de los movimientos libertarios, cuando aun no se habían traducido sus obras. En Francia, Elisée Reclus fue reivindicado en los años setenta por las corrientes radicales, por la geopolítica, pero además de eso en España tuvo otra influencia mayor en la práctica.

Lo que a mí me llamó la atención era que no se habían traducido obras de Paul Vidal de la Blache, ni de otros famosos vidalianos, al castellano ni al catalán. No se habían traducido obras de Ritter, ni de los grandes padres de la geografía, pero sí en cambio todas las obras de Elisée Reclus estaban en castellano y además con una gran difusión, y no sólo eso, sino que se tradujeron en círculos no académicos y se reeditaron en ediciones populares; todo ello era un bagaje, un material de estudio que no había sido utilizado. Esa visión o esa influencia tampoco la contemplaban los franceses, porque desconocían el contexto español.

Yo no sé si se nace disidente o se hace uno disidente, o te obligan a hacer te disidente. Pero lo cierto es que a veces te encasillan como disidente por el simple hecho de haber estudiado un tema como el anarquismo en geografía. De todas formas, las consecuencias que para la carrera docente tiene el hecho de elegir o no un tema, no están tanto en qué tema se elige, sino en qué contexto

se da. Por ejemplo, en el caso narrado por Joan Nogué, la Universidad Autónoma de Barcelona era un contexto abierto, pero no siempre es así. Otro aspecto es cómo posteriormente las nuevas ideas son o no admitidas; por otras circunstancias puede haber unos efectos colaterales que den lugar a que se margine una línea de investigación o unas personas con esas determinadas líneas. O incluso que haya un enfrentamiento, pero eso ya se asume cuando tomas la decisión de empezar algo nuevo.

Creo, para concluir, que estamos actualmente en un momento de replanteamiento del papel de la geografía en la sociedad, del papel de la geografía entre otras ciencias: ello puede volver a plantear la cuestión del compromiso del geógrafo y de la geógrafa con su ciencia, así como la interacción de la geografía teórica y la geografía práctica.